



AÑO III

← BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1884 →

NÚM. 120



UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Don Abelardo de Cárlos, fundador y director de la *Ilustración española y americana*, ha fallecido!...

Las letras y las artes han perdido un valioso protector. Cuantos se interesen por la cultura pública y crean que el periódico ilustrado es uno de los más poderosos elementos para difundir en todas las clases el amor á lo bueno y á lo bello, consagrarán un recuerdo de honor á la memoria del Sr. de Cárlos, por la fe, por el cariño, por la constancia, con que fundó y ha sostenido, entre otras publicaciones, la *Ilustración española y americana*, que honra á la patria.

Para llegar á este lisonjero resultado, debió el Sr. de Cárlos emplear un capital efectivo muy respetable, y otro capital, aún más de agradecer, en desvelos, en fuerza de voluntad, en jugo de su clara inteligencia, en sacrificios que pasan desapercibidos del público y que son las espinas de ese camino de amarguras recorrido indefectiblemente por cuantos empujan á los pueblos por la vía de su progreso.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que puede apreciar como pocos cuanto ha hecho y valido D. Abelardo de Cárlos, se asocia al dolor de su respetable familia y de los Sres. redactores y artistas de la *Ilustración española y americana*, que será siempre honroso timbre del padre y del amigo á quien mercedamente lloran.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL CORAZON DE FORMOSEDA, por don J. Ortega Munilla.—LAS CHULAS, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—LOS VIEJOS (I), por don E. Benot.

GRABADOS: UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann.—¡VIENE! cuadro por Canuto Ekwall.—UNA PROCESION EN SAN MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas.—MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografías instantáneas por el nuevo procedimiento de Meisenbach.—ESCENA VALENCIANA, cuadro por J. Agrasot.

NUESTROS GRABADOS

UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Si la figura de ese lienzo es inventada, hay que convenir en que su autor entiende de niñas bonitas; si es retrato, hemos de confesar que el original habia de ser una camarera muy peligrosa. Por de pronto, ese tipo, mejor que al estado de humilde doncella de servicio, se aviene al de princesa disfrazada. Así, por ese estilo, se concibe á María Antonieta, la austriaca de belleza á un tiempo severa y dulce, trocando en los Trianones de Versalles sus regios atavíos por el humilde traje de la aldeana helvética.

¿Deduciremos de esto que el cuadro de Erdmann carece de verdad?... Ni por asomo. Aquello de—la verdad es una—podrá ser verdad en el orden moral y en el matemático; pero en el sentido de la belleza ocurre lo que en las rifas; saque quien saque. Camareras, y menos que camareras, hemos conocido á quienes ha cabido el premio gordo; y por contra muchas niñas de encopetadas familias no han acertado ni los millares del número favorecido.

Nuestro pintor, por lo tanto, puede haber estado en lo cierto; y lo cierto, en nuestro caso, es que la camarera de Erdmann es una obra de arte deliciosa, admirable de hermosura, perfecta de naturalidad y en todo tan acabada que constituye una joya del arte.

Contribuye no poco á dar una idea aproximada de ese cuadro la maestría con que ha sido grabado por Brendamour.

¡VIENE!... cuadro por Canuto Ekwall

Las palabras tienen el valor que las imprime la inflexión con que se pronuncian. No ha muchos días leímos de cierto actor inglés que causaba, á su voluntad, hilaridad ó espanto en sus oyentes con sólo acentuar una palabra tan vulgar ó indiferente, al parecer, como *Mesopotamia*....

Pues bien, con un elemento tan sencillo como puede resultar de la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo *venir*, un artista de talento ha compuesto un cuadro palpitante de vida, de sentimiento, de interés y de verdad.

¡Viene!... No dice más el título; no se acierta á ver al que viene, ni tenemos antecedente alguno respecto de su persona... Y sin embargo, ¿habrá quien dude tocante al que viene? ¿Habrá quien desconozca la calidad del afecto que une á la persona incógnita que *viene* y á la gentil doncella que espera?

Lo que se ve y lo que no se ve es igualmente claro, evidente, *visible* en esta composición. Algunos profesores de escultura han dicho y hasta han demostrado que con cualquier trozo de estatua que se les ponga de manifiesto, se empeñan en reconstituir la estatua completa. Otro tanto ocurre con este cuadro. Considerando la actitud de la doncella, se adivina la del galán; haciéndose cargo de la estancia, se ve perfectamente la calle.

El cuadro es, además, rico en detalles y produce una impresión simpática, revelando bajo todos conceptos el recomendable talento de su autor.

UNA PROCESION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas

(Exposicion París)

Nuestro compatriota autor de esa agradable composición, es un entusiasta por Venecia. Hace seis años, cuando apenas empezaba á desembarazar de malezas la senda por donde peregrina el artista, le encontramos haciendo estudios en la ciudad perla del Adriático, embebido ante su palacio ducal, admirado ante su singularísima basílica, atónito ante los frescos de Tiépolo, en demanda de un colorido que le permitiera reproducir las tétricas aguas de sus canales y el sol riente de su incomparable cielo.—¿Permanecerá V. mucho en Venecia?—le preguntamos; y él contestó:—Lo ignoro: los artistas permanecen en los museos mientras les queda que ver en ellos, y Venecia es un museo en cuyo catálogo no se ha puesto todavía la palabra fin.

Desde esa época, el joven Mas, que siente por Venecia una pasión fácil de concebir, hace lo que todos los enamorados, reproducir á su amada bajo cuantos aspectos la ha contemplado y hallado hermosa desde el punto de vista del arte.

Uno de esos aspectos es el asunto de la acuarela cuya copia publicamos, obra valientemente ejecutada y que ha sido unánimemente aplaudida por cuantos han visitado la última exposición París.

MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografías instantáneas

No bastaba reproducir fielmente la naturaleza por el procedimiento de Daguerre. El progreso, consecuencia natural de todo invento, exigencia de los tiempos modernos, en los cuales todo lo que no adelanta, muere, hacia preciso mejorar en velocidad de obtención y en facilidad de multiplicación, el mecanismo que un día maravilló á la generación que inmediatamente nos ha precedido.

Hablar hoy del daguerrotipo, es hablar de las Mensajerías aceleradas; la simple fotografía apenas puede compararse á las diligencias en que viajaron nuestros padres... Hoy encontramos lenta la marcha del ferro-carril y pedimos á la electricidad su concurso para trasladar, ya no nuestro pensamiento, sino nuestra persona, de un extremo á otro del globo.

La fotografía instantánea, en el sentido literal de la palabra, es ya un hecho; su multiplicación directa por medio de la imprenta la corroboran las pruebas que hoy publicamos, debidas á los constantes estudios y ensayos del profesor alemán Meisenbach. Ellas son la última perfección del arte; y si bien se examinan, tan notables son, que debieran satisfacernos plenamente, si la palabra *adelante!* no estuviera escrita en el blason de todos los pueblos.

ESCENA VALENCIANA, cuadro por Agrasot

Los que califican de incomparable el cielo de Andalucía y de sin rival aquellos campos que bañan el Guadalquivir, el Genil ó el Darro, son injustos con el cielo y los campos valencianos, tan feraces, tan rientes y tan típicos como aquellos. Allí la esbelta palma crece frondosa cual pudiera en las ardientes regiones africanas; allí ha tomado carta de naturaleza la exótica higuera chumba y la pita de acerado remate; allí el naranjo de dorado fruto embelesa la vista después de haber recreado el olfato con el precioso aroma del azahar. Niñas de singular belleza oriental y fornidos mancebos que hasta en su traje recuerdan á los árabes, pueblan esa tierra llena de encantos y que el artista visita con singular predilección.

El que viaje por semejante paraíso, podrá apreciar, en los días festivos especialmente, á la caída de la tarde, cuando los postreros rayos del sol dan á la escena un tinte de imponderable poesía, escenas parecidas á la que de una manera gráfica representa nuestro grabado.

EL CORAZON DE FORMOSEDA

I

Se alza el telon...

...era la época en que estaban de moda los fracs verdes con boton de oro, y el pantalón colan era el límite extremo de la elegancia masculina; cuando vivía *Figaro* y la musa de Zorrilla dormía envuelta entre las nieblas del no ser; cuando Madrid ostentaba en sus calles muy pocas aceras, y alguno que otro farol que de trecho en trecho enviaba el resplandor incierto del aceite de oliva; cuando la Puerta del Sol era tan estrecha como hoy lo es la calle de Sevilla; cuando lo que hoy se llama «Todo Madrid» aún no existía, porque los hábitos del lujo, las costumbres aristocráticas y el esplendor de esa nueva aristocracia que ha engendrado la Bolsa no habían aún producido todos sus frutos.

Ricardo de Formoseda era uno de los elegantes del año 33, puesto que al dar las cinco en un reloj de mesa que habia en su despacho el día 27 de enero, se ajustó la desgarrada prenda que los historiadores llaman fraque, y después de hacerse con soltura un lazo en la corbata y pasar su mirada de arriba abajo por todo el cuerpo, se lanzó á la calle empuñando en su diestra un junquillo rojo con puño de ágata; en la izquierda mano llevaba los dos guantes blancos, que según era entonces moda tam-

bien, volvian á casa sin haber calzado los puños de los elegantes.

Era Ricardo de Formoseda, puesto que es preciso que os le presente, hijo único de un acaudalado terrateniente de la campiña, el cual terrateniente poseía sobre mil hectáreas de viñas, y más de cinco mil hanegadas de olivos en Alcalá, asiento de su casa: una de las más fuertes de labor de toda la tierra castellana.

Pocos meses después de su matrimonio, murió la mujer de Saturnino Formoseda, dejándole envuelto en pañales aquel retoño que andando el tiempo, y veinticinco años no más, habia de ser Ricardo de Formoseda tal y conforme ahora aparece á nuestra vista, con su frac verde y su gentil talle, el sombrero de copa en la cabeza, los dos rizos de pelo negro muy atusado sobre las sienes, el bigote erizado á uso de cosaco, como entonces también se acostumbraba.

Salió á la calle, y como vivía en la de Cedaceros, bien pronto se halló en la Carrera de San Jerónimo, que ya entonces era, y creo que siempre ha sido, la principal arteria de la vida social de Madrid, y sin duda, como hombre que sabe á dónde dirige su rumbo, no tardó en encaminarse á buen paso por esta Carrera de San Jerónimo, cruzó la Puerta del Sol, bajó por la calle del Arenal, y en una de sus últimas casas, en cuyo portal habia una tienda de relojero, se detuvo: era el número 27 y 29.

El portal dejaba mucho que desear en cuanto á limpieza; era un lóbrego é inmundo receptáculo si se le compara con los portales de las modernas viviendas de los madrileños de ahora; entonces era como todos los portales de Madrid; un largo pasadizo de tierra húmeda, y en cuyas paredes habia todos los síntomas de la incuria y de la suciedad.

Formoseda vió detrás de la mampara de cristales salir la cabeza calva del relojero con el ojo derecho protegido por el antejo de círculo de cuerno, á través del cual el pobre artesano contemplaba y escudriñaba la misteriosa vida de los relojes descompuestos; vió la llama azulada del candilón de alcohol que le servía para recomposiciones; y luégo, más allá una escalera entornillada y abrupta que se defendía contra las invasiones del extranjero, como los Apeninos contra las invasiones de César; pero Formoseda en sus veinticinco años de edad, y en su naturaleza desarrollada vigorosa en las solturas de la vida campesina, aprehugó con los 35 escalones, y llegó al último piso donde después de haber tirado de un cordón de lana bastante sucio, penetró en una habitación de techo tan bajo, que no sabemos si fué por cortesía ó por evitar un golpe con el quicio de la puerta, por lo que se quitó el sombrero, y entró en la sala con la espina dorsal encorvada y la cabeza baja.

Aquella habitación era poco más pequeña que un pañuelo de yerbas; y con ser tan estrecha, tan baja de techo y tan ahogada, alguna hada maravillosa, burlándose de la arquitectura, y de la impenetrabilidad, habia puesto y conseguido encerrar en tan angosto recinto una enorme cómoda, cuatro sillas de Vitoria, una copa dorada llena á la sazón de fuego; y habia además adornado las paredes con cuadros de litografía, con un Cristo bordado en cañamazo y con una pila de cristal llena de agua bendita. Las paredes, el techo y hasta el suelo desaparecían debajo de aquella aglomeración de muebles y adornos. No se veía el color del papel, no se veía qué clase de ladrillo formaba el pavimento; apenas quedaba espacio para entrar: y una vez colocados en sus sitios una dama y una joven que dentro de la sala estaban, y Formoseda, no quedó allí lugar, no ya para que otra persona entrase, sino siquiera para respirar el aire de Dios.

—Señor de Formoseda,—dijo la dama,—no le esperábamos esta tarde. Como está el tiempo así...

—¡Ah!—dijo Formoseda atusándose el bigote y lanzando una mirada profunda á la señorita;—yo soy hombre de palabra. ¿No habia prometido á V. que iríamos á la Casa de Campo?

—Sí, pero como la tarde amenaza lluvia,—contestó la dama,—pensamos que V. habria desistido del viaje.

—Por mí no ha de quedar,—dijo Formoseda.—Ya tengo encargado el coche... No es de dos caballos porque los tienen tomados para la romería del Pardo; y ya sabe V. doña Eleuteria, que estas romerías cargan con todos los caballos de Madrid. Pero he conseguido una carretela con dos mulas. ¿Creo que á Vds. les será indiferente que la carretela sea mejor ó peor?

—¡Ah!—dijo la señorita que habia permanecido muda hasta entonces y fijos sus ojos en los de Formoseda mirándole gravemente,—ya teníamos preparada la merienda.

—¿Cómo merienda!—dijo Formoseda.—¿Vds. piensan acaso que yo cuando invito, invito á medias? Con el coche va dispuesta una merienda, y no consentiré que salga otra cosa de aquí más que sus personas, y eso ha de ser pronto, porque ya la hora se acerca. Son las tres y media y á las cuatro iremos á buscar el coche.

—Si es así,—dijo doña Eleuteria,—pronto estamos arregladas. La niña está vestida, y yo con que me ponga un manto estaré arreglada también.

Dijo así doña Eleuteria y con gran soltura, no se sabe si volando por encima los muebles ó andando á brinquetes por la estrecha senda que entre unos y otros quedaba, alejóse, dejando solos á la señorita y á Formoseda.

II

Los Ochandianos

Aquella principalísima señora y su hija, eran nada menos que últimos vástagos de la antigua y linajuda estirpe de

los Ochandianos, originaria de la Borunda, donde habían sido poseedores de extensos terruños, y habían explotado todos los comercios, al mismo tiempo que los privilegios de la aristocracia.

Pero así como durante dos siglos los Ochandianos habían sido hijos de la dicha y sus bienes habían aumentado incesantemente, de improviso una mala época cayó sobre ellos, y no hubo día que no trajese su plaga para la ántes poderosa estirpe; hoy era una enfermedad que arrebató al jefe de la familia; mañana una mala cosecha, al otro día una tormenta de rayos y centellas que incendian los graneros y destruyen tres casas de labor que estaban contiguas. Por este camino y a este paso en poco más de veinte años la cuantiosa fortuna de los Ochandianos fué reducida á la nada; y los que ayer fueron grandes señores, quedaron convertidos en humildes y tristísimos aristócratas sin una peseta.

No hay tristeza como la de un hombre que tiene un escudo sin poseer otros con qué abrillantarlo; porque de tal manera están dispuestas las cosas en esta pícara vida, que de poco le vale á una persona tener en su árbol genealógico todas las savias de la sangre azul y todos los retoños preclaros del libro de la *Gineta*, si no está ingerto en ese árbol un filon de láminas de oro que resplandezca y salga por las ramas con los hermosos frutos del metal noble.

Los Ochandianos habían representado en la Borunda, y aún en toda aquella provincia el papel de los antiguos señores venidos muy á ménos despues de los sucesos de la guerra de la Independencia y de las córtes de Cádiz.

El último vástago de los Ochandianos que había ejercido verdaderamente ese señorío, fué el abuelo de doña Eleuteria, el cual el año de 18... era un anciano de 70, delgado y ágil, fuerte y robusto como un jóven; y tan desprovisto de los alifafes de la vejez, como de las tristezas de esta edad. Era un muchacho completamente, con su cuerpo siempre embutido en los pliegues del traje de la época, las delgadas pantorrillas cubiertas con las calcetas de color de canela, los zapatos de cuero adobado, con hebillas de plata, y el amplio casacon de paño de color de aceituna con los botones de nácar y las vueltas de raso encarnado. Cuidaba mucho de su persona y tenía cierta fama de Tenorio engrandecida y agigantada por la poesía de la leyenda, desde que la edad le había hecho retirarse de las armas de Cupido.

Este buen señor, que fué uno de los pocos miembros del antiguo régimen que llegaron sanos y salvos al poder de las modernas cosas, tenía gracia en el decir, y una chusca manera de poner en caricatura lo que no le agradaba, que no había cosa tan graciosa como cuando alzados los manteles despues de la cena en su casa solariega de Salvatierra, refería en broma los sucesos de las córtes de Cádiz y las discusiones de aquellos grandes hombres que difundieron las primeras luces del parlamentarismo en nuestra patria.

Don Alejandro Ochandiano tenía algo de Aristarco, porque todo lo encontraba mal en las cosas que habían sucedido y que no eran de su tiempo; y con tal ahinco perseguía las costumbres iniciadas en las córtes, que era una risa el oírle satirizar los discursos del que despues fué conde de Toreno, y las brillantes arrogancias de Canga-Argüelles; sin que fuera posible contener la risa en los límites de la reserva cuando describía el salon de sesiones de Cádiz que él había visto, y decía que tenía una barrera como la plaza de toros, y que la tribuna pública era como la tribuna de una iglesia; de tal manera que un día un gitano que entró á ver una sesión, lo primero que hizo en cuanto levantó la cortina de la puerta fué santiguarse.

Pero como nada hay eterno, la gracia y la salud de D. Alejandro cayeron juntas en un día. Un constipado que despues se convirtió en pulmonía, se le llevó lindamente con todos sus fueros señoriales al otro barrio.

Nueva pérdida de lo poco que les quedaba. Los desastres aumentando, y ya sin que mano mortal pudiese remediarlo ni darle remiendo, hicieron que al casarse doña Eleuteria no pudiese elegir su esposo entre aquellos principales barones de la antigua Navarra que habían siempre sido los pretendientes de las blancas manos en casa de los Ochandianos, y tuvo que apechugar con un comerciante de Pamplona que tenía una tienda de hierro y vivía tal cual pesando lingotes y embalando barras de plomo.

Gran lástima fué en verdad para los *manes* y *penates* de la casa ilustre aquel matrimonio que infiltró en la hasta entonces siempre sangre azul de los Ochandianos las gotas rojas del ferretero, plebeyo por sus cuatro costados.

No fué muy larga tampoco la vida del ferretero; y doña Eleuteria huyendo de pleitos que cayeron sobre ella, y por salvar los 10 ó 12,000 reales que la dieron por el traspaso de la tienda, de mano de golillas y escribanos, se vino á Madrid donde se dedicaba al noble oficio de coser para fuera, ayudada de su hija que vino de Pamplona á la edad de doce años, y que en los cinco que van transcurridos desde que llegó á la corte se había hecho una muchacha de singular belleza y de atractivos nada comunes.

Genara se llamaba esta criatura, cuyos ojos eran grandes y negros como una noche de invierno y cuyo cuerpo no había alcanzado el desarrollo excesivo de las líneas curvas y se conservaba en un gracioso límite de esbeltez y ligereza. La nariz de este último retoño de los Ochandianos era recta y pequeña; la boca no era tan chica como la nariz, pero tenía en cambio doble gracia al cerrarse y abrirse, y no parecía sino que sus labios habían aprendido

en la escuela de Lucifer el arte de decir y decir con hechizo. Dos pícaros hoyuelos habían ido á reunirse en la comisura de los labios por bajo de las mejillas como dos resplandores de gracia; y las cejas eran largas y negras y muy movibles. En las grandes ocasiones de expresar afectos muy hondos y sinceros llenaba de expresion el pálido semblante dándole una visualidad inteligente que encantaba, porque no parecía sino que al hablar con Genara las ideas saliendo de su boca iban á reflejarse en un espejo que no era sino el rostro de ella. ¡Ay! ella tenía la aspiracion de las cosas grandes, á pesar de que su padre fué hombre siempre apegado á lo temporal de la vida, é incapaz de hacer cálculos sobre lo eterno.

Genara había padecido una propension soñadora muy propia de todos los últimos restos de las familias que fueron grandes y despues vinieron á ménos.

Ella soñaba con las cosas ricas, las telas de seda, los zapatos de raso, los brillantes, los carruajes, los magníficos caballos, las adulaciones de la gente, el arte de vivir en sociedad, el tener un abanico de nácar, el ponerse una mantilla de encaje, sujetarse rosas en el pelo, y aparecer ante las gentes rodeada de una aureola de gracia, de juventud, de hermosura y de gloria. Todo esto aparecía impregnado de amargura, con la tristeza del emigrado á quien arrojaron violentamente de su cuna y se queda en la frontera mirando con melancolía ponerse el sol en su patria.

¡Pobre Genara! El vértigo de las grandezas dominaba en su alma; y se sentía tan incapaz de someterse á las duras necesidades de la vida, que cuando doña Eleuteria tuvo que tomar la enérgica y heroica resolución de ir á solicitar obra en la casa del *Valenciano*,—un tendero de telas y camisas de la calle de Postas,—derramó tantas lágrimas, que un autor de madrigales hubiera podido hacer de ellas cuatro ó cinco buenas sargas de perlas.

¡Y qué obra les dió!

—Si por fin,—decía ó pensaba Genara,—se nos hubiese encargado el bordar sobre Holanda, ó el hacer de esas lindas flores, que no parece sino que salen de un jardín bien cultivado, ó el coser ó bordar con oro y plata, todo lo llevaría con gusto. Pero coser y más coser en estas telas negras que parece que han estado tendidas al humo de una chimenea cuatro años... Eso es un horror.—Y se miraba las manos de soslayo volviéndolas por el dorso y por la palma para ver cómo la luz se trasparentaba en aquellas venas y en aquellas suavidades carnosas y rosáceas de los dedos.

La verdad es que Genara no era una gran maestra en el arte de la costura. Esto es preciso que lo digamos, porque tenemos para con el lector la religion de la verdad.

Aquellas manos que estaban inimitables de elegancia y soltura para sujetar un abanico, para sostener un fino pañuelo de Holanda ó encaje, y para jugar con los rizos de su pelo que caían hácia adelante gallardamente, resultaban torpes y sin gracia al coger la aguja é intentar hacer un largo pespunte.

Genara tenía su teoría sobre el pespunte: decía que era coser dos veces una misma cosa; y le parecía el colmo de la necedad tomarse un trabajo tan estéril, cuando con una sola puntada quedaban las cosas tan bien sujetas y tan firmes.

Muchas veces sostenía entre sus dedos una aguja y examinaba la aguda punta y el estrecho ojo; y en el odio profundo y arraigado que le tenía hubiérase creído que la increpaba, y que el honrado utensilio de las labores femeninas sostenía con ella conversaciones como la siguiente:

Genara.—Vamos á ver; ¿por qué no huyes de aquí? ¿Quién te ha mandado venir á molestarte? ¿Tú no sabes cuál ha sido mi cuna? ¿O crees tú, pícaro aguja, que dedos como los míos fueron creados por el Señor para que tú los pinches y los martirices?

La aguja.—Cállate, necia, cállate. ¿No sabes que no tienes más dinero que el que puedes ganar conmigo? Si yo me voy, ¿sabes lo que va á ser de tí? ¿No sabes que si no se cuenta conmigo, se tiene que contar con el diablo? A mí me inventó un ángel, el ángel de la vida familiar; y sin el apoyo de este pedacillo de hierro, de esto tan sutil y quebradizo que me constituye, ¿cuántas honras se hubieran hundido y cuántas reputaciones se hubiesen disminuido! Echa de tu corazón esos últimos residuos de orgullo Ochandiano; déjate de esos recuerdos necios, que acabó la familia de los Ochandianos ricos y ha empezado la familia de los Ochandianos pobres... A trabajar, Genara, á trabajar.

Genara.—¡Ah! cómo me insultas. ¿Tú crees que no he de tener yo resistencia para impedir que esos consejos se apoderen de mi alma? No; la nobleza de los Ochandianos resistirá esta época de desastres. Muchas veces he oído decir que en las épocas de tristeza para la Iglesia los cristianos se retiraron á las Catacumbas por no pactar con los gentiles. Pues de esta manera yo me retiraré á las catacumbas del hambre por no pactar con las innobles vulgaridades del trabajo.

La aguja.—Con tu pan te lo comas, Genara; es decir, sin pan te lo comas, porque no veo otro camino de que entre aquí por la mañana esa libra de pan rubio y bien cocido que huele á gloria, sino apelar á mí.

Genara.—Jamás.

La aguja.—¿Sabes para quién es la camisa que estás haciendo? ¿Quieres que te lo diga? Pues esa camisa no creas que va á ponérsela ningún caballero, ni ningún príncipe de la sangre. Es para un soldado del Regimiento de Orellana. ¿Sabes, querida mía, que esa tienda á donde va tu señora mamá todas las mañanas en busca de trabajo

es ni más ni ménos que una sucursal del local donde se trabaja para que se cubran nuestros bravos militares....

Genara.—¡Cállate! Quieres que yo solicite trabajar en la camisa de un soldado... Déjame, déjame. Yo no niego tus méritos, excelente aguja; pero reconozco que no he nacido yo para tí, ni tú para mí. Yo he nacido para tener doncellas y modistas que obedezcan mis órdenes y hagan los trajes que han de servirme para ir á las solemnidades de Palacio... ¿Tú crees que yo he nacido para estar entre estas cuatro malas paredes? ¡Cuántas veces he soñado hallarme en el salon de la China del Palacio de Oriente! Allí veo á la corte congregada y á los nobles con los antiguos trajes... De repente aparezco, y todas aquellas personas me saludan cariñosas; hay entusiasmo y admiracion en los ojos de todos los hombres, y envidia en los de todas las mujeres... Y cuando una vez se ha soñado con todas estas grandezas, créeme, aguja, que no se renuncia para siempre á ellas.

III

Vestidos viejos, orgullo humano y zapatos rotos

Eran las cuatro de la tarde cuando el Sr. de Formoseda y las ilustres damas de Ochandiano salieron de paseo encaminándose á la calle de Postas.

Doña Eleuteria y Genara habían salido con los restos de antiguos trajes de seda bastante averiados: dos faldas de raso en las que el observador ménos perspicaz hubiese notado las arrugas y la laciencia propias de la vejez.

Especialmente la falda de doña Eleuteria, ajustándose con sus innumerables pliegues al cuerpo enjuto y delgadísimo de la viuda, tenía todas las apariencias de un andrajo expuesto á la intemperie en días de lluvia.

La venerable dama llevaba un manton y una antigua mantilla de blonda que desde sus entecos hombros subía á dar sombra á su cabeza, aunque no tanta como era preciso para que se ocultasen las arrugas de la frente y las canas del pelo.

Doña Eleuteria era una de estas señoras que llegan á la edad proveya sin haber conseguido el don de la venerabilidad; porque no todos los viejos se hacen, al hacerse viejos, venerables. Antes, por el contrario, doña Eleuteria tenía algo risible en su fisonomía arrugada y llena de ángulos, en su nariz larga y curva que empezaba ya á buscar la amistad de la barba, y en su demarcacion senil, porque contrastaba con la alegría de los ojos y con los movimientos descompasados y saltones.

Puesto había sin duda Dios al lado de tal madre tal hija, por que más vivo fuera el contraste de la hermosura de esta, siendo como era una criatura en la cual rebosaba la juventud y la lozanía. Sin ser mejores los trapillos con que se adornaba, parecían ya buenos, porque iban prendidos con los alfileres de la juventud.

(Se continuará)

J. ORTEGA MUNILLA

LAS CHULAS

I

Ellas, las chulas, son la clase más encantadora, más barbiana y más espiritual de nuestro tiempo.

Ellas, sin saberlo, influyen sobre todo, lo dominan todo, llevan su estilo á todas las clases.

Las chulas de Madrid no se han estudiado bien por nadie: no se ha profundizado respecto á ellas.

Pero nosotros las conocemos hasta por los pliegues más menudos y más recónditos de sus entrañitas.

¡Dios las bendiga!

Ellas son el amor.

El amor, la gran pasión de la humanidad.

Si ellas me leyeran (y eso que la mayor parte de ellas saben leer) no me entenderían.

Yo voy á ponerlas en notoriedad, en evidencia.

Yo voy á demostrar su importancia social y su trascendencia política.

Hoy, en ciertas esferas, y por ante ciertas escuelas, priva lo trascendental.

Pues bien: yo afirmo y lo sostengo á capa y espada contra todo el que me contradiga, que la chula de Madrid es trascendental y docente, y revolucionaria é insurrecta, y libre pensadora, sobre todo encarecimiento, sobre toda ponderacion.

No tenemos inconveniente en decirlo: para dar á conocer completamente á las chulas de Madrid, no basta comprenderlas; nos encontramos con que para decir completamente lo que son, no hay palabras en ningún diccionario.

Su fisiología completa es imposible, porque la influencia de su sér es infinita.

Ni las dimensiones de un artículo son marco bastante para contenerlas.

II

La chula de Madrid es hija de la manola y nieta de la maja.

Y la maja madrileña viene de tiempo inmemorial.

Puede, pues, decirse, que la chula tiene dinastía en el pueblo de Madrid, y una soberanía indisputable.

Además de ser gata de Madrid, está realizada por un saboréte, por un picante, por un no sé qué delicioso de andaluz y de gitano.

Vamos, el marco, el se acabó, el no hay más allá.

Que Dios las bendiga y las rompa la crisma cuando venga á pelo y en razon, como ellas mismas lo quieren;



¡VIENE!... cuadro por Canuto Ekwall



UNA PROCESION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas (Exposicion Parés)

adquirida por S. A. R. la infanta doña Paz

porque la *jembra* á quien no se le menea la pámpa cuando lo ha *meresío* ó se ha *desvergonsao* con el suyo, no la quiere el suyo ni le importa un comino *ni tan siquiera*, y en ciertas ocasiones el no hincharlas un ojo ó tenerlas *torcias y encogias* de un mes á quince días es despreciarlas, tenerlas en ménos que un trapo viejo. ¡Pus hombre, no faltaba más!

Y luégo que, para que las mujeres que son mujeres tengan buena salud y estén frescas y hermosas, hay que mearles la sangre.

¡Qué fatiga!

III

La chula es una cosa preciosa, preciosísima, divina.

El que no lo sepa ó no lo crea, no ha tenido nada que ver con ella.

Es un *desgrasiao* que ha *venio ar mundo pa* morir se á *escuras* sin saber lo que es la *grasia* y la gloria de Dios, y lo rico del mundo.

La chula legítima, casada ó soltera, polla ó galla, es generalmente pobre y generalmente honrada.

Ella vive de su trabajo y se alimenta de su corazón.

En ellas la naturaleza es poderosa, palpitante, volcánica, como en las mujeres de los primeros tiempos de la humanidad, de la infancia de la raza, con la diferencia de la colaboración y de la enseñanza de los siglos, esto es, del progreso, de la civilización.

Pero hay en ellas y por una multitud de fases, algo tangible, sensible, irresistible, que es genuinamente primitivo.

Hay chula que le da quince y falta á Eva, y con mucha ventaja.

¡Qué poder de vida! ¡qué efluvios de pasión! ¡qué fragancia de Paraíso, qué tesoro de lo fecundo, de lo candente, de lo embriagador, de lo prolífico!

¡Qué indias bravas tan ricas, tan lanzadas, tan espontáneas, tan de pelo en pecho, tan *si señor*, tan ni temo ni debo, tan aristocráticas y al mismo tiempo tan delicadas y tan rudas!

¡Qué callos, qué caracoles, qué hebreas y qué peleon! Y sobre todo, ¡qué *arate*! (Ya sabéis que *arate* en flamenco quiere decir sangre, y que la sangre, según las sagradas escrituras, que no me dejarán mentir, es alma.)

¡La sangre alma!

Pues ya se ve que sí, y en las chulas, alma de fuego y de tempestad con truenos y relámpagos.

Vénus Citerea en los brazos de Júpiter Tonante.

IV

La chula es torera por excelencia, y tiene un capote que ni Cúchares, ni Joselito, ni el esclarecido Montes, ni el excelso Pedro Romero.

La más mínima chula le compone la cabeza al galopo más consumado de la Cestería de San Bernardo, de la Viña del Perchel ó del Avapiés ó las Vistillas

La chula no estoquea.

Cuando se harta de colgar banderillas, y algunas de fuego y de todas las *disposituras* posibles, al sesgo, cuarteando, al quiebro, á topa carnero, descabella, y se larga pomposa fiera y despreciativa, dejándose *espatarrao* y *reventao ar lusero der arbo*.

Aunque no fuera más que porque Madrid produce la chula, yo no sabría lo que hacerme si no tuviere á orgullo el honor de ser vecino de *Madri*.

Que me echen para acá grisetas, esto es, aprendizas y obreritas de París: ¡peste! ni para lamerles el zancajo á nuestras reinas de la chulería.

V

¡Qué damas tan características las chulas!

Damas, sí señor, damas y muy damas.

Y tan cierto es esto, que no hay dama por encopetada que sea que valga dos pitillos si no tiene una ración suficiente del espíritu de la chulería.

Esto es el atractivo, la gracia, lo querencioso, lo fino, lo que da el opio y causa vértigo: la acusada y brava raza española; porque, en último resultado, la chula no es otra cosa que el tipo más acabado, más desenfadado, más elegante, más espiritual, más bravo y más ardiente y apasionado de la mujer española.

Ella es el resumen de las más preciosas cualidades de las mujeres de nuestra grande y gloriosa patria.

Y no exageramos.

El que no las conozca y tenga ojos para ver y agallas para aguantar, que se meta entre ellas y mire y estudie, y se convencerá muy pronto y tal vez á mucha costa de que son inconmensurables.

VI

Ellas, como todas las fuerzas superiores y predominantes (esto es filosofía), se han apoderado de todo inconscientemente, fatalmente (y sigue la filosofía), como un contagio que predominando en la atmósfera se hace sentir en todo.

VII

Entrais en un círculo elevado, resplandeciente, aristocrático, de sangre entera, y se os recibe en chulo-flamenco:—¡*Ole, camará!* ¿qué mundo?—y para deciros que una cosa está en regla no os dirán *perfectamente*, sino, *al pelo*; y para expresaros la negativa de esto ó de lo otro, os dejarán oír un *¡ni tan siquiera!* ni más ni ménos que si estuvierais en la *Fábrica*.

Y esto es divino: nosotros no lo censuramos.

Esto es el espíritu pintoresco, ardiente, apasionado, imaginativo, del pueblo de pan y toros de Jovellanos.

Del pueblo que solo, con su propio esfuerzo, con su sola sangre negra, soterró las águilas imperiales y alzó y

mantiene con saña de la Francia, y como testimonio inmortal de su espíritu de brava autonomía, de indomable independencia, el obelisco del Dos de Mayo en el Campo de la Lealtad.

Pues bien: la chula es la representación viva, grandiosa, chispeante, arrebataadora, fuerte, de Madrid; es la hija de la manola que se batía con todos sus medios y con todas sus armas, por Dios, por la patria, por su amor y por su *aquel*, y esto de una manera espontánea, sin reflexionarlo, como por una consecuencia natural de su ser.

VIII

Sí, la chula, sin pretenderlo, sin luchar, por una razón de fuerza prolfica, se ha metido en todas las clases de la sociedad española, ha tomado carta de naturaleza en ellas, las ha salpimentado, las ha enriquecido: ha sustituido en todos los círculos, hasta en el parlamento, el vocabulario del *caló* ó del flamenco, al diccionario de la lengua, venciéndole y reduciéndole casi á la impotencia; castigo digno de sus iniquidades: los treinta y seis de la medalla pendiente y del uniforme lagartino, andan perplejos, no atreviéndose á admitir ni á rechazar el flamenco, por aquello de que, y singularmente en materias de lenguaje, el uso hace ley y ley que por sí misma se promulga y constituye.

¿Y tendría una influencia tan determinante lo flamenco y lo jacarandoso sin la intervencion de la mujer?

Las mujeres han gobernado siempre al mundo, lo gobiernan y lo gobernarán: ellas corrompen las civilizaciones ó las purifican: ellas son las señoras del corazón, y no sabemos cómo hay estóolidos que declamen pidiendo la emancipación de la mujer, de la esclava.

¡La esclava!

Que le pregunten á una chula si ella es esclava.

Que la hace gritar su caballero á *trompá limpia*: mejor; eso es que la quiere; que la mata, mejor; es que la adora; pero si no la mata, á la fin y á la postre ella se queda encima, y arreando y apretando con la vaquera que es una compasión.

¡Zapatito con las chulas!

IX

La maja pasó á principios de este siglo, cuando desaparecieron Goya y don Ramon de la Cruz.

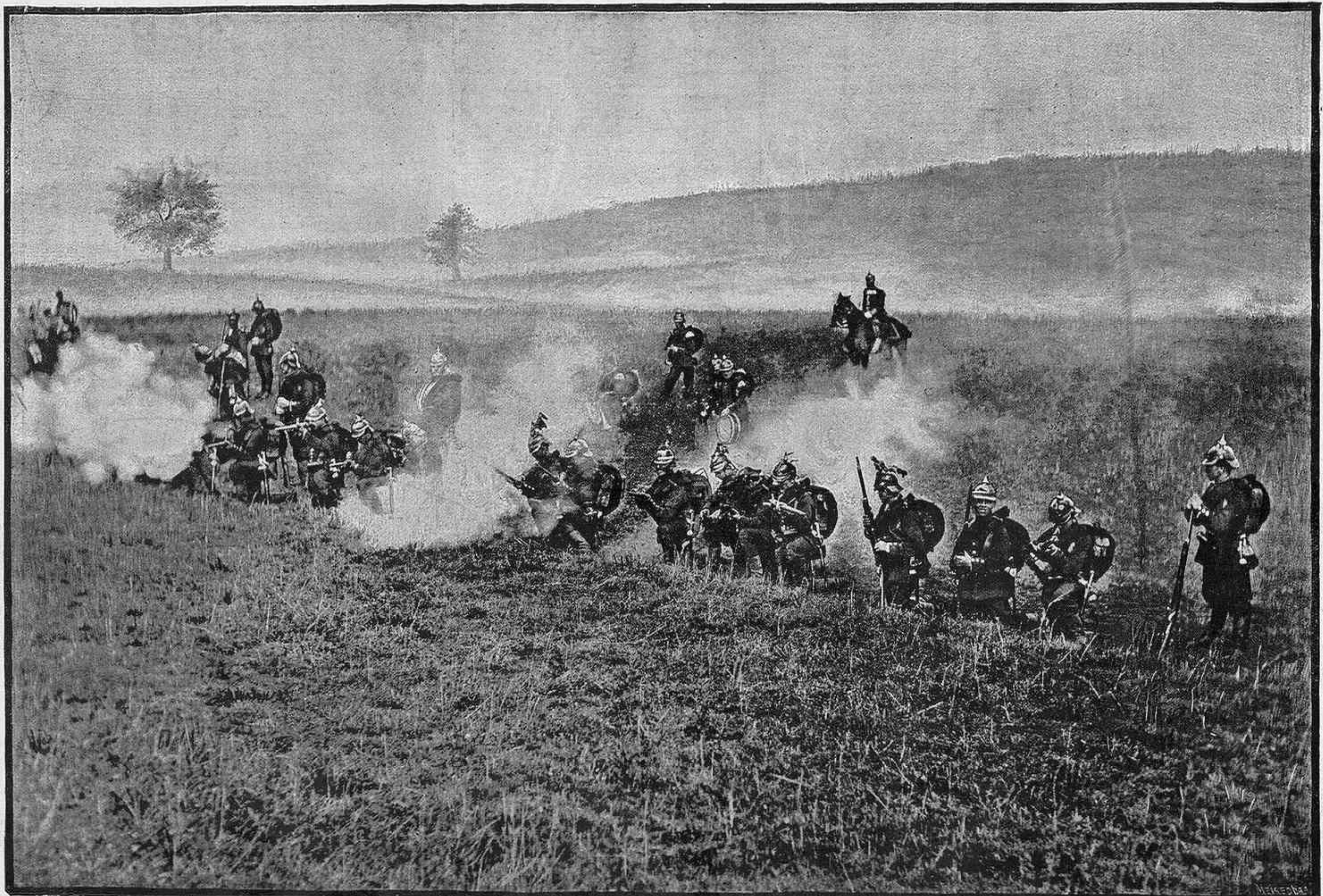
La manola heredó á la maja.

Era la misma cosa, pero en progreso.

Una derivación.

Necesariamente en algun modo se habia aseñorado, se habia modificado, como las grandes damas habian perdido su olor á majas.

Por lo demás, se conservaban las cualidades: el carácter inquieto, el desenfado, el desgarró, la ocurrencia irresistible, la propension á los agarramientos de moño, á los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach

manifiestos sin órgano; la afición al guitarreo, al canto, al baile, al continuo jaleo, al lujo vistoso, immoderado y fanfarrón, á lo asombroso, á lo excepcional, al chulapeo, al trato, á la posada, y sobre todo, á los toros, con la adoración á los toreros valientes.

La manola ha pasado al mediar nuestro siglo.
Pero dejando una heredera.
La chula.

X

Entremos en su fisiología.
La chula es la muchacha del pueblo de Madrid.
El *chic*, el *pschutt* más encantadores que pueden suponerse.

La chula viste con una elegancia especial, que no está en el traje, sino en ella.

Usa la moda corriente, pero la realza, la acentúa.
Tiene el aire desenfadado, pero no del todo.

Es, ya lo hemos dicho, un progreso, una señorita *sui generis*, de tez delicada, de belleza aseñorada, graciosa, insinuante, lanzada, pero sin desvergüenza, salvo cuando se la provoca; es lo incalificable.

Confesamos nuestra impotencia.
No podemos describir á la chula, lo repetimos, tal como la comprendemos.
Es el sér más original del mundo.

XI

A su abuela la maja y á su madre la manola, les estorbaba lo negro para leer.

La chula ya es otra cosa.
Está educada, se la ha criado con cierto mimo.
Se la ha enviado desde pequeña al colegio.
Se trata de la chula de alta calaña.
De la aristocracia de su clase.

De la hija del chalan, del tratante ó del industrial, que ha tenido *dineros* para gastarlos en su hija para que sea tan *señorita* como la que más.

Si hubieran sido completamente arrancadas de la casa paterna y del barrio, si se las hubiera relegado como internas al colegio, se hubieran desnaturalizado.

Pero se las ha educado de una manera mixta.
El colegio no ha podido vencer la influencia del barrio.
La atmósfera del barrio no ha desvirtuado la del colegio.

De modo que por este dualismo de la educación se ha producido el gracioso género, el género originalísimo é inimitable de la señorita en la chula, y de la chula en la señorita.

XII

Ahora bien: aún las chulas pobres reciben hoy una educación infinitamente superior á la que recibían las señoritas de antaño.

La más miserable hace un gesto de desden si se la pro-

pone bailar unas manchegas, torciendo con una expresión epigramática el bello *jocico*; la boca de ángel travieso y picaresco, estaría mejor dicho.

La chula valse.
Se perece por el vals.
La chula lee.
Yo tengo la seguridad de que una respetable parte de mis lectoras son chulas.

¡Dios las bendiga!
Sin que deje por esto de bendecir á las otras.
Pero una chula escogida y mareante se va de entre las manos.

Pues y si la chula es cigarrera, *pongo por caso*, maestra de labor peninsular, y literata (que las hay), ¡Jesucristo! la esencia del género; las que pueden con un relampagueo de ojos, y aún con un guiño y una sonrisa hacer jóvenes á un viejo, más aún, resucitar á un muerto!

Ellas son elocuencia desde el ricitó más alto del peinado hasta la puntita del pié.
Lleván consigo el misterio de un amor incomparable.
Y pensar que sus amores van á dar en las heces, en los tunantes, en los gorrillas, en los qué se yo qué... en lo incalificable!

¡Lástima!
No se comprende que unas tales mozas puedan querer á unos tales engendros.
¡Horror!

XIII

El trapío de una verdadera chula es indescriptible.
Tiene un estilo particular que no puede confundirse con ningún otro.

Van como todas las que son intransigentes en materia de modas.
Sólo hay una cosa con que no transigen.
El sombrero.

Ni aún tratándose del sombrero á la austriaca.
Cuando no llevan velo ó mantilla ó *foulard*, llevan pañuelo de seda de la India, de un color fuerte llamativo.
¡Y qué pañuelo, Dios mío!

Nadie lo lleva como ellas.
El pañuelo es chulo, elocuente, gracioso, y hasta aco- metedor.

Este es un verdadero tocado.
Con él están irresistibles.
Bajo él emboscan, por decirlo así, una mirada que mata.

Pero cuando se *disfrazan*, cuando se ponen de *paisano*, animan el traje comun de las otras, le hacen más elegante, más... ¿qué se yo? más, mucho más.

Y concluyamos, porque esto es interminable.
La chula es inmensa.
Necesita para ella sola muchos libros.
Es un estudio psicológico más profundo que lo que ostensiblemente aparece.

No puede desconocerse á la chula aunque pretenda trasformarse.

Tiene un olor característico.
Pero este olor es fragancia.
Esencia primitiva de vida y de poder.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LOS VIEJOS

I

En varios periódicos americanos se vienen reproduciendo, hace tiempo, artículos escritos con toda la apariencia de científicos, para probar que existe un perfecto paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Acaso no provenga sólo de inspiraciones de ciencia equivocada, la pasión que en ellos se advierte, ni su evidente exageración; que, en las últimas etapas de la controversia, ha llegado hasta el extremo de asegurar que el *ocaso* de las facultades psíquicas ocurre entre los 40, ó los 45 años de edad.

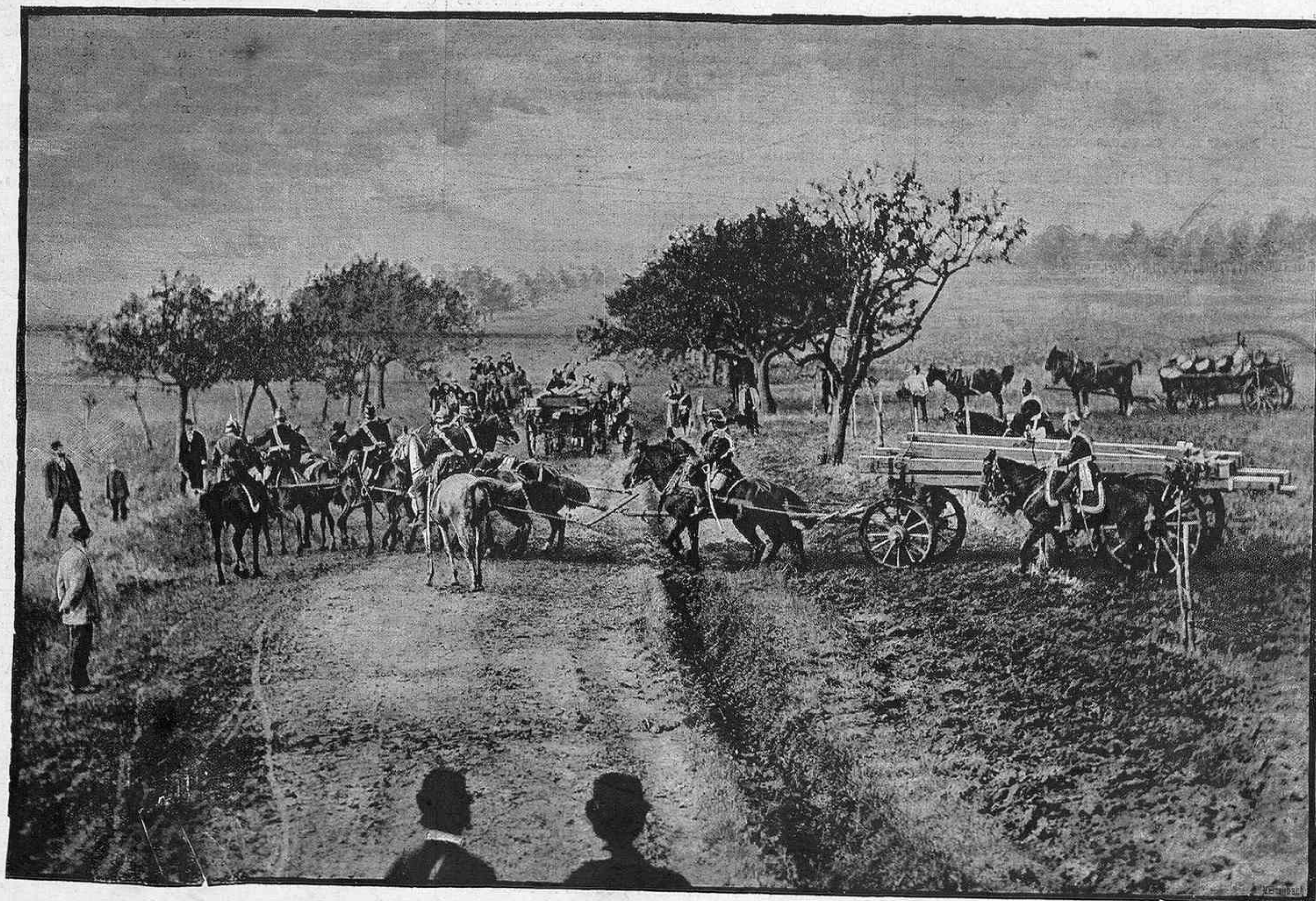
* * *

Muy de enhorabuena estaría el elemento joven, que esto escribe, si científicamente pudiera probarse que los viejos no sirven para nada; pero, cuando la exageración llega hasta el extremo de lanzar *ABSOLUTAS*, basta, para probar la oquedad de las intemperancias promulgadas por la irreflexión y la ligereza de los pseudo-cientistas, el sencillísimo medio de presentar *EXCEPCIONES*. En efecto; al que niegue que existe el movimiento, no hay modo mejor de refutarle sus paralogismos, ó sus sofismas, que el de pasearse delante de su paradójica personalidad. ¿Hay quien sostiene que los viejos no sirven para nada? Pues la mejor respuesta es la de hacer pasar ante su vista la veneranda procesión de los viejos inmortales.

* * *

Hay, sin embargo, que no desconocer la *valía relativa* de algunos de los argumentos aducidos en la discusión. No fueran exagerados ni sacados de quicio, y algo habría que agradecer.

Si se dijera que, *REGULARMENTE*, la generación que se va no mira con buenos ojos modificarse, ó desaparecer, ante las exigencias de los tiempos, las teorías que estudió ó los dogmas en que puso su fe; si se agregara que muchas veces los hombres ya gastados contrarrestan con toda tenacidad las invasiones del progreso y se obstinan en levantar con polvo de lo pasado diques inútiles contra las arriadas incontrastables de lo porvenir; que se consideran grandes porque resisten; que juzgan virtud la tenacidad, y deber el hacinar estorbos y obstáculos hasta el último momento; que creen absolutos y petrificados los principios que estudiaron en sus mocedades, y que cierran los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach



ESCENA VALENCIANA, cuadro por J. Agrasot

oidos para no oír y los ojos para no ver, cuando sospechan que vacila ó se tambalea el alcázar de sus dogmas; que algunos, para resistir en toda conciencia, creen necesario no enterarse jamás; y quemar el libro que denuncia hechos que no pueden quemarse, y levantar patíbulos y hogueras para acallar al evangelizador de ideas incoercibles;... si se dijese esto solamente, y aún mucho más, entonces apenas sería necesario entrar en el palenque y romper lanzas en la contienda; puesto que se habría enunciado únicamente, con más ó menos acierto, con más ó menos pasión, una serie de verdades RELATIVAS Y CONTINGENTES, digna sin duda de atención, como la de todos los hechos y fenómenos no generales que se presentan á la observación y al experimento.

Más el ataque á los viejos se presenta con caracteres de ABSOLUTO y pretensiones de científico; y es preciso salirle al encuentro, para patentizarle su vanidad.

* *

Por otra parte, las increpaciones contra la vejez ostentan antiquísimo árbol genealógico.

Cuando la sociedad se dividía en guerreros y en esclavos, y cuando la mujer era considerada como cosa, claro es que el viejo tenía que valer poco, ó no servir absolutamente para nada. La juventud debía brillar sola, por sus prestigios irresistibles, y por su incuestionable utilidad. ¿Qué papel podía representar un setentón en los juegos olímpicos de Grecia? ¿Cuál una vieja en la gastada sociedad de Roma? ¿Para qué podía servir, en general, un esclavo viejo? Sólo en una muy exigua minoría podrían ostentarse entonces como méritos las canas y las arrugas en el rostro. Solamente algún general con su experiencia; sólo algunos patricios con sus hábitos de gobierno; únicamente el sacerdocio sostenedor de tradiciones petrificadas... podían resultar acreedores á la consideración universal en aquellas antiguas sociedades, fundadas por el triunfo, y sostenidas por la esclavitud y las depredaciones de la guerra. Y entonces, más que ahora, indudablemente, la vejez sería en general inútil, consumidora y no productiva; y, cuando se erigiese en autoridad, estorbo insuperable al progreso de aquellas generaciones.

Peró hoy, por más apariencias científicas de que quiera rodearse la cuestión; por generosos que quieran suponerse los impulsos que empujan á los jóvenes; y por disculpables que quieran considerarse sus ojos al considerarse detenidos en su marcha hácia lo que consideran como la última THULE del progreso; hay que estudiar la cuestión llevando en cuenta todos los datos, no algunos solamente, del importante problema.

Por de pronto, y en lo que éste tiene de sociológico, es preciso observar que ni aún los revolucionarios más ardien-

tes han pensado en suprimir de un golpe lo pasado. Un pueblo es lo que es, más por sus hábitos que por sus códigos fundamentales. En las resistencias sociales entra más lo consuetudinario que el mayor ó menor número de años de los interesados en un régimen. *Hasta cierto punto*, sería más fácil construir una ciudad enteramente nueva y con todos los adelantos modernos, que introducirlos en una población antigua, no preparada para los tranvías, las grandes estaciones de los caminos de hierro, la distribución por medio de entubaciones adecuadas del agua y de la luz, y muy en breve la distribución de la fuerza barata á domicilio.

* *

Peró no es este aspecto puramente social el que tiene más directamente relación con el problema científico del pretendido paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Hay uno esencial; enteramente fisiológico; y éste es el que no hacen entrar ni poco ni mucho entre los datos del problema, por olvido indisculpable ó por malicia inocente, los sostenedores del paralelismo.

Este factor indispensable es nada ménos que el orden de aparición de nuestras facultades físicas y psíquicas.

* *

No se comprende cómo puede sostenerse afirmación semejante. Cuando nace el niño ¿hay en él el menor asomo de inteligencia, por más robustez fisiológica de que venga dotado? A los pocos años, cuando su agilidad es incansable y su gracia es encantadora, cuando sus aptitudes fisiológicas funcionan de un modo enérgico y con toda la eficacia que reclama exigentemente el desarrollo físico ¿qué es aún su inteligencia? Ni aún siquiera sabe contar: su vocabulario está reducido á muy pocos centenares de palabras, entre las que no figura nada abstracto; y su inteligencia es, en muchos casos, inferior al instinto de algunos animales privilegiados. Unos años después parecen paralelos el crecimiento corpóreo y el de la mente; pero esto es una verdadera ilusión. El cuerpo es capaz entonces de los más duros ejercicios, y de las habilidades más extraordinarias; pero las facultades poderosas y prominentes á la sazón son las imaginativas y las de imitación, no las filosóficas. Lenguas, artes, geometría... lo experimental de las ciencias del mundo físico y mecánico... es lo que entonces puede la inteligencia dominar; pero lo verdaderamente general, lo profundo, lo filosófico, y, si se quiere, lo metafísico entendido, como se debe, en la acepción de razón-suprema de los fenómenos y de sus leyes... eso no es aún accesible al ser humano. Pasan años aún; y entonces cesa la agilidad: ya el baile y los *sports* todos niegan las

gracias y la soltura que sólo conceden á la juventud; prosaicas arrugas afean la tersura de la tez: los rizados adornos de la cabeza, empiezan á desertar insolentemente; el ébano restante, por una avaricia grotesca, empieza á convertirse en plata; las que una poesía inocente llamó perlas de la boca entre móviles rubies tienen que abandonar su acostumbrado albergue, de grado ó por fuerza; y ¡oh prosa vil! ¡oh demolición afrentosa! las digestiones se hacen difíciles, la alegría desaparece, y el insomnio convierte en eternas las desconsoladas noches del invierno;... pero, entonces, precisamente entonces, cuando el cuerpo empieza á arruinarse, cuando los ojos piden auxilios á la óptica, cuando la finura del oído empieza á embotarse, cuando el invierno exige más leña y más abrigo, y las toses atosigan, y el cuerpo fatigado tiene que desistir de hacer vida galante;... entonces es, entonces precisamente cuando la inteligencia ve con lucidez pasmosa las teorías que ántes ni aún siquiera podía vislumbrar, cuando lo general y lo filosófico le descubren la grandiosidad de sus hasta allí veladas hermosuras, cuando la imaginación no produce monstruos de frivolidad; y entonces es cuando en las noches de insomnio cristalizan los modelos conformes con la belleza armónica de las cosas, y la invención científica y artística encuentra los medios de realizar las que en la juventud aparecían utopías imposibles.

¿Cómo, pues, los sostenedores del paralelismo no ven que esto y no otra cosa es lo que sucede en el mundo? ¿Cómo aseveran, sin atenuaciones, que la vejez no sirve para nada?

¡Oh! deberían considerar que el hombre, por efecto de evoluciones portentosas, acerca de cuyas condiciones no hemos de entrar aquí, el hombre es superior á todos los demás animales, reducidos casi á las funciones de nutrición y reproducción, no por la finura de su vista, de su oído y de su olfato, ni por la sensibilidad de su tacto, ni por lo incontrastable de su fuerza, sino por el sentido invisible del número y del ritmo, por la potencia de sus generalizaciones, y por la maravilla de sus inventos; y que todas estas soberanas facultades tienen por condición la RIQUEZA DE LOS DATOS, que no se adquiere con la tersura del rostro, ni con el ébano de los cabellos, ni con la blancura de los dientes, sino con el desarrollo cerebral que no cesa con los años, puesto que está en razón directa de la edad.

* *

¿Puede esto demostrarse?

Sí.

Las obras de los sabios lo testifican; y, á presentar la evidencia de tan interesante aseveración, dedicaremos el artículo inmediato.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON